

Familia y metáfora familiar en el psicoanálisis y en la institución psicoanalítica

*José Perrés**

Introducción: en torno a la noción de “familia” en psicoanálisis

EL TÍTULO Y TEMÁTICA propuestos para este ensayo introductorio resultan tan amplios y ambiciosos que a nadie se le escapará, desde su mismo planteamiento, que tan sólo puede constituirse en apertura de diversas líneas de investigación que deberán ser recorridas en sus propias especificidades, y en su denso entramado articulador, para ser desarrolladas y profundizadas en próximas publicaciones.

Partiré de una observación particular, interesante y significativa a nuestro entender. En los últimos años han ido apareciendo en Francia¹ diversos diccionarios o enciclopedias del psicoanálisis que complementan, dos décadas después, las obras ya existentes, en especial el monumental y ya clásico texto inaugural de J. Laplanche y J. B.

* Profesor-Investigador titular de tiempo completo del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. (†)

1 Existen también algunos diccionarios de psicoanálisis en el mundo anglosajón, así como en hispanoamérica, que no tomaremos en cuenta en este momento para nuestro rápido señalamiento, en la medida que Francia es un país claramente reconocido, a nivel internacional, como uno de los mayores “productores” de psicoanálisis, con un notable nivel de publicaciones y difusión de esa disciplina.

Pontalis.² Se dispone ahora, en orden cronológico de publicación, de las siguientes obras:

- 1) O. Brachfeld, "Vocabulario de términos de psicoanálisis" (1956)
- 2) J. Laplanche y J. B. Pontalis, *Vocabulaire de la Psychoanalyse* (1967) (equivocamente traducido como *Diccionario del Psicoanálisis*, haciéndole perder su sentido más específico).
- 3) P. Fedida, *Diccionario del Psicoanálisis* (1974)
- 4) C. Chemama (bajo la dirección de) *Diccionario del Psicoanálisis* (1995)
- 5) *Encyclopedia Universalis* (compilación, varios autores): *Dictionnaire de la Psychanalyse* (1997) (aún no traducido al español)
- 6) E. Roudinesco y M. Plon *Dictionnaire de la Psychanalyse* (1997) (aún no traducido)
- 7) P. Kaufmann, (bajo la dirección de) *L'apport freudien. Éléments pour une encyclopédie de la psychanalyse* (1998) (aún no traducido)

Llama la atención que en ninguno de estos siete diccionarios se halla presente en forma explícita la entrada "familia". Este hecho resulta totalmente entendible en el caso del vocabulario conceptual psicoanalítico de Laplanche y Pontalis (y de otros textos escritos con el mismo objetivo), ya que dicho término no constituye un concepto psicoanalítico, ni siquiera una noción menos formalizada, aportada, importada o reconceptualizada por el Psicoanálisis.

De este modo, si bien Freud menciona a menudo múltiples facetas de la problemática familiar, al escribir sobre temas psicoanalíticos esenciales, tan sólo existe en su extensa producción un único ensayo³

- 2 Que fue precedido, a fines de la década anterior, por un primer esbozo de "Vocabulario del Psicoanálisis", en un texto coordinado por S. Nacht, que había pasado sin penas ni gloria.
- 3 Se puede observar un curioso paralelo con Lacan, quien también tiene un solo ensayo directo sobre el tema. Pero se trata en ese caso del "joven" Lacan, prelacaniano, de 1938 (Cfr. su doble contribución al Tomo VIII de la *Encyclopédie Française*, titulado "La Vie Mentale", dirigido por H. Wallon). Analiza allí la "psicología familiar" desde varias perspectivas psicoanalíticas, especialmente a partir de la noción de "complejo" en sus variadas derivaciones teóricas.

que lleva manifiestamente en su título, subtítulo (o incluso en algunos de sus apartados temáticos), el término de "Familia". Se trata de su breve artículo de 1908 "La novela familiar del neurótico", esencial sin embargo para comprender el sentido mismo de la historización simbolizante, meta de todo proceso analítico, nuestras defensas narcisísticas contra ella, las particulares formas de temporalidad del psiquismo, el mundo fantasmático en sus ramificaciones conscientes, preconscientes e inconscientes, etcétera.

En el listado que precede, empero, hay textos que fueron escritos propositivamente como diccionarios generalés del psicoanálisis, incorporándose en ellos también términos descriptivos, nociones afines, datos del entorno socio-histórico-cultural, comentarios sobre protagonistas indirectos, etcétera. De este modo, un diccionario de psicoanálisis que, como el de Roudinesco/Plon, abre entradas a términos o nociones tan poco específicas desde un punto de vista psicoanalítico como los de "culturalismo", "iglesia", "hospitalismo", "herencia-degeneración", "patriarcado", "antipsiquiatría", "comunismo", etcétera, bien podría tener una entrada al tema "familia", tan importante para el psicoanálisis, o incluso más, que los antes referidos. Sin embargo, la gran temática de la familia, o de la institución familiar, sólo es abordada en otros artículos, algunos ineludibles como "novela familiar", "incesto", "complejo de Edipo", "Nombre-del-Padre", pero también en entradas al diccionario como "antropología", "parentalidad", "patriarcado", o en la discusión del concepto de "filiación" (originado en los sistemas de parentesco, pero entendido especialmente en las modalidades de filiaciones transferenciales vinculadas a la formación del analista dentro de la institución psicoanalítica), sobre el que deberemos regresar a partir de la noción de "metáfora familiar" que ocupará luego nuestra atención.

El mismo problema puede verse en otro de los textos antes citados, dirigido por P. Kaufmann. También contiene algunas entradas poco específicas, para un diccionario psicoanalítico, como "Niño (Psicopatología del)" y "Adolescente (Psicopatología del)". Manteniendo el mismo criterio lógico podrían haber existido entradas sobre "Adulto", "Pareja"

y "Familia", dando pie al abordaje psicoanalítico de sus respectivas psicopatologías. Pero, una vez más, en lo que aquí nos concierne, la entrada "Familia" brilla por su ausencia.

En el muy reciente diccionario del psicoanálisis, en el que se compila los artículos publicados sobre esa temática en la gran *Encyclopædia Universalis*, observamos un hecho interesante. Si bien la entrada "familia" tampoco existe como tal, el tema puede ser localizado en el detallado índice temático general que el libro aporta. La problemática familiar resulta indizada en el texto en relación con sólo cuatro subtemas, a saber:

- El niño y el psicoanálisis (donde en forma muy pertinente se hace referencia a los efectos del deseo y del discurso parentales, en la constitución del psiquismo, tema esencial que luego nos ocupará).
- La Escuela de Palo Alto, y sus conocidas investigaciones sobre la familia en términos de la teoría del doble vínculo.
- La Psicosis (con breves menciones sobre diversas hipótesis etiopatogénicas familiares: desde las nociones de "padres patológicos" de los años 40, hasta las conceptualizaciones lacanianas sobre la forclusión del "Nombre-del-Padre", pasando por las teorías que conceptualizan a la psicosis como una enfermedad familiar, cuyo síntoma y porta-palabra es el psicótico).
- El concepto freudiano de novela familiar, ya antes mencionado.

Debemos preguntarnos entonces, en esta introducción a nuestro tema más específico sobre la metáfora familiar, en qué lugares del pensamiento freudiano y, en términos generales, del Psicoanálisis, entendido éste en su mayor abarcabilidad y generalización, como cuerpo teórico disciplinario y como institución de nuestra cultura,⁴

4 Con la idea de abarcabilidad y generalización del psicoanálisis me refiero a todas las dimensiones y registros heterogéneos que le conciernen: como cuerpo teórico disciplinario, nueva concepción epistemológica, registro clínico –a nivel individual y grupal–, dimensión institucional, historia centenaria de su evolución y vicisitudes como movimiento y disciplina, sus aplicaciones a diversas esferas del saber y de las prácticas sociales, producto y productor de imaginarios sociales, etcétera.

se halla presente la temática esencial de la "Familia" y sus variadas derivaciones. Podríamos esquematizar una primera respuesta, de modo tan provisorio como incompleto, de la siguiente manera:

En la teoría psicoanalítica (donde, obviamente, el eje estructurante para pensar la temática familiar pasa en especial por el concepto de complejo de Edipo y sus efectos fundantes, pero también por el complejo fraterno, que debe ser diferenciado del Edipo y ser visto en su propia especificidad):⁵

- Fundamentalmente en torno a la constitución psíquica primaria del niño, por vía de los deseos maternos (o, para ser más precisos, deseos parentales), fundantes del psiquismo infantil y los efectos de los discursos parentales.
- En directa relación con el punto anterior, las "entradas" al Edipo, es decir, tanto la estructura edípica preexistente a nivel familiar transgeneracional (Edipo-estructura), como las vicisitudes edípicas del niño en esa coyuntura familiar específica (Edipo-fase). Es decir, todos los planos concernientes a las "relaciones familiares", desde luego no sólo en sus niveles empírico-fenomenológicos, sino también en sus dimensiones y efectos imaginarios y simbólicos, con especial énfasis en las "reediciones" inconscientes conflictivas de las relaciones entre padres e hijos, en más de una generación, siendo éstas interdependientes también de las relaciones entre los propios cónyuges en cada generación.

5 Desde luego, estoy esquematizando al máximo, porque lejos estamos de pensar que existe una sola teoría psicoanalítica consensuada, sino múltiples teorías, a veces contradictorias y totalmente irreconciliables entre sí. Sólo mencionaremos en estos breves ejemplos a algunos autores, además de Freud. Muchos otros quedarán afuera. Algunos incluso tan importantes como D. W. Winnicott, quien nunca cesó de hablar de la familia y de conceptualizar psicoanalíticamente su importancia en sus múltiples escritos e intervenciones verbales.

- Como consecuencia directa del punto anterior, a través del concepto medular de “identificación” con las figuras parentales, también directamente relacionado con el Edipo –en su “salida”, su declinación, precisamente– siendo la instancia yoica, constitutivamente, un “precipitado de identificaciones”.
- En torno a la dimensión de la “novela familiar”, concepto propuesto por el propio Freud,⁶ obvia ramificación de la misma conflictiva edípica y de las modalidades defensivas que ésta genera. Ficción que nos provee una vía de desprendimiento imaginario del vínculo con nuestra familia, imaginando una familia ideal, muy diferente a la que nos ha tocado.
- En lo que concierne al concepto de “metáfora paterna”, modalidad a través de la que Lacan abrió enriquecedoras vías para reconceptualizar el Edipo, profundizando su dimensión como Edipo-estructura (no debemos olvidar que sus ricos aportes en torno a las figuras lingüísticas de la metáfora y la metonimia surgen precisamente de la enunciación inicial de dicha “metáfora paterna”, prototipo de toda metáfora para él).
- Siguiendo con las repercusiones edípicas, todo lo que remite a la oposición Yo-Instancias ideales (Superyó, Ideal del yo, Yo ideal, o “funciones” del Superyó como conciencia moral, auto-observación) se halla claramente atravesado por la dimensión familiar, cada una de estas instancias tamizada con sus propias especificidades, que deben ser analizadas (instancias caracterizadas por el propio Freud, por ejemplo, como “subrogado de los padres”, “heredero del complejo de Edipo”, “progenitores interiorizados en el yo como núcleo del superyó”, “portador de la tradición familiar”, “ideal familiar”, etcétera).

6 En 1908, como ya dijimos más arriba, pero que ya tenía bien delimitado casi diez años antes (Cfr., su “Manuscrito M” del 31 de mayo de 1897, donde ya hace referencia directa a la noción de novela familiar: *Cartas a Wilhelm Fliess, 1887-1904*, p. 266).

- A partir del concepto de “complejo fraterno”, abierto inicialmente por Freud,⁷ que ha recobrado toda su importancia gracias a las aportaciones del primer Lacan de 1938⁸ (el primero en diferenciarlo claramente del complejo de Edipo), a una rica mención de J. Laplanche,⁹ y especialmente a la densa apertura teórica efectuada por R. Kaës,¹⁰ analizándolo detalladamente en sus propias especificidades para terminar de diferenciarlo del complejo de Edipo, con el cual a menudo ha quedado sincréticamente confundido.
- En la idea de una “transmisión psíquica”, tan presente desde perspectivas múltiples en la obra de Freud, especialmente en relación a varios enunciados esenciales de su Introducción del narcisismo, desde diferentes perspectivas (por ejemplo, las graves consecuencias narcisísticas –para padres e hijos– de “His Majesty the Baby”, o la idea de que todo ser humano tiene un doble cometido, como fin en sí mismo y eslabón de una cadena transgeneracional, etc.); continuado luego por P. Aulagnier con su concepto de “contrato narcisista” y particularmente desarrollado por R. Kaës, y colaboradores, en varias publicaciones, en términos de “transmisión de la psique”, “producción intersubjetiva de la psique”, “telescopaje de las generaciones”, etcétera.
- Con este último aspecto mencionado se halla en directa relación lo que algunos autores contemporáneos han trabajado sobre la filiación, tema primordial para pensar la Familia desde la teoría psicoanalítica, y los niveles de transmisión. La filiación, ha destacado Kaës, implica la relación de por lo menos tres generaciones

7 Si bien lo vemos en muchos momentos en los textos de Freud, éste no lo nombró nunca así, pese a que se había referido, de modo equivalente, a los “complejo paterno”, “complejo materno”, “complejo parental”, llegando a hablar incluso de “complejo de familia”. Toda esa terminología fue luego abandonada para explicar el “complejo nuclear de la neurosis” a partir tan sólo de los complejos de Edipo y de castración.

8 J. Lacan, “le complexe, facteur concret de la psychologie familiale” (1938), pp. 8-40 10/11.

9 J. Laplanche, *Vida y muerte en psicoanálisis*, p. 138.

10 R. Kaës, “Le complexe fraternel. Aspects de sa spécificité”.

sucesivas reconocidas como tales, teniendo una referencia común a un mito constitutivo, un mito de los orígenes: un antepasado común como figura original. Todo ello permite crear emplazamientos generacionales. Filiación y reconocimiento estarán pues atravesados por la dimensión narcisística deseante, con lo que regresamos al “contrato narcisístico” de P. Aulagnier, que sirve de apuntalamiento a estos desarrollos.¹¹

En la clínica psicoanalítica:

- Resulta casi una obviedad decir que todo el dispositivo psicoanalítico se estructura para posibilitar el trabajo sobre el mundo fantasmático familiar del analizando, sus imagos, a partir de los avatares de su sexualidad infantil, en su sentido más amplio, totalmente constitutiva (Edipo, narcisismo, estructuración psíquica, imagos parentales, etcétera), todo ello precipitado por acontecimientos del presente, en constantes procesos de resignificación.
- También lo familiar se halla muy presente en el sentido más amplio del término, referido a lo cotidiano (la clásica y rica oposición freudiana entre lo familiar y lo siniestro: Heimlich-Unheimlich) que nos retrotrae a la sexualidad y a la fantasmaticización infantil, así como al “agujero” fundante dentro de la familia: lo indecible, la locura familiar, la sexualidad de los padres, etc., que entrarían dentro de lo que Lacan denomina “lo real”.

Pese a abrir un punto polémico en el mundo analítico, pienso que la comprensión creciente de la estructura familiar original del analizando, en su valor de institución familiar y de conformación como realidad objetiva: su inscripción antropológica, económico-social, de

11 Véase un artículo muy importante de R. Kaës sobre esta temática: “Filiación y afiliación. Algunos aspectos sobre la reelaboración de la novela familiar en las familias adoptivas, los grupos y las instituciones” (1985), hasta ahora inédito en español, que traduje especialmente para su inclusión en el presente número de la revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, dedicado a la temática familiar.

clase, racial, política, religiosa, ideológica, cultural, sus vicisitudes histórico-coyunturales, etc., resultan esenciales para posibilitar una mejor escucha psicoanalítica, enriqueciéndonos nuestra posibilidad de conectarnos con la realidad psíquica del paciente, sus valores y percepción del mundo, su novela familiar, su universo fantasmático, etcétera. Comprensión creciente que también debe ir logrando el propio analizando durante el proceso psicoanalítico, en torno a la realidad objetiva de la inserción de su familia en la sociedad y a la realidad psíquica por él construida sobre su propia inserción en ella, con fuertes repercusiones sobre la modalidad de sus perlaboraciones.¹²

Pero, y esto tiene gran trascendencia, la fantasmática familiar del analizando, no es sólo el sustento básico de la escucha analítica en cuanto a realidad intrapsíquica del paciente, sino como comprensión a partir de los registros de constitución intersubjetiva y trans-subjetiva del psiquismo (inicialmente sujeto del grupo antes de ser sujeto del inconsciente), por lo que tenemos que regresar a otros de los esenciales y renovadores aportes de R. Kaës. Toda esta necesidad se acentúa aún más si pensamos en la clínica psicoanalítica grupal y en el concepto, por él forjado, de “funciones fóricas” mediadoras, para la emergencia de fenómenos inconscientes, entre las dimensiones intrasubjetiva e intersubjetiva, complejamente articuladas entre sí.

En la psicopatología psicoanalítica:

- Lugar *princeps*, sin duda alguna, ya que a partir de la dimensión inconsciente de las configuraciones familiares, las patologías parentales, los niveles transgeneracionales de las mismas, el atrapamiento-sujetación en los deseos maternos, la forclusión del Nombre-del-Padre, entre otras formas usuales de nuestro lenguaje analítico contem-

12 En este punto concuerdo con los aportes teórico-críticos de la llamada “Sociología clínica”, por ejemplo de V. de Gaulejac. En otros aspectos, en cambio, hemos tenido ocasión de cuestionar dicha conceptualización (Cfr., artículo de C. Fernández Gaos y J. Perrés)

poráneo, se suele conceptualizar actualmente lo que Freud antaño denominara “elección de neurosis”.

En la historia y creación del psicoanálisis:

- Con relación a un hecho tan fortuito como decisivo: la particular integración familiar del niño Freud, con fuertes desfases generacionales y de edad (las parejas “lógicas” eran la de su padre y la vieja nodriza/ama de llaves, su madre con su medio hermano, etcétera), todo lo que fue determinante, como bien sabemos, para el movimiento interno de Freud como sujeto psíquico, en el descubrimiento de su inconsciente y su propio complejo edípico. Esa integración familiar fue condición de posibilidad en la producción, creación, del concepto de inconsciente y del psicoanálisis como disciplina.

En los “mitos científicos”, como los llamaba el propio Freud, centrales en el psicoanálisis:

- Especialmente el mito de la horda primitiva y el asesinato del padre primordial a través del que se establece la génesis de la prohibición del incesto, la culpa, la religión, la eticidad, la moral, entre otras instituciones, pero también de la familia exogámica y “edípica”, apoyándose para ello en teorías darwin/haeckelianas y en las ya envejecidas conceptualizaciones lamarckianas.

En el llamado “psicoanálisis aplicado” a la línea “antropológico-social”:

- Como se lo ve cuando Freud intenta abordar la tradicional y engañosa oposición individuo/sociedad, analizando procesos culturales, antropológicos, religiosos, sociales, políticos, etc., destacando en ellos la incidencia primordial de la familia, de los efectos de sus modalidades constitutivas o funcionales particulares (por

ejemplo, patriarcado, matriarcado, sistema de parentesco, filiación, etcétera), y fundamentalmente por el desvalimiento del ser humano, que lo lleva a buscar de modo reiterado regresar imaginariamente a los vínculos con las imagos parentales idealizadas y protectoras (o sus sustitutos simbólicos).

Con esta primera esquematización en torno al tema de la familia en el psicoanálisis, disponemos de los elementos suficientes para adentrarnos a la especificidad de la problemática que queremos debatir en el presente ensayo.

En torno a la noción de “metáfora familiar”

Es bien sabido que el concepto de Lacan de metáfora paterna, arriba mencionado, constituye un eje estructurante dentro de su cuerpo teórico. A través del mismo, y desde sus primeros años de enseñanza, Lacan propuso toda una nueva concepción para poder analizar la función paterna en el complejo de Edipo, a partir de entender el significante fálico como significante central de toda la economía subjetiva. La misma estuvo destinada a resolver algunas de las encrucijadas teóricas planteadas a Freud y a sus continuadores en torno a la difícil relación entre complejo de Edipo y complejo de castración. Si bien dicha metáfora paterna no constituye nuestro tema actual, más que de modo muy indirecto y convergente, nos interesa subrayar los aspectos *imaginarios* de la relación intersubjetiva de la madre con el hijo, sobre los que se instaura precisamente esa metáfora paterna.

Porque lo que trabajaremos en el presente ensayo, con el nombre de *metáfora familiar*, designado como “familiarismo” por algunos autores, remite precisamente a dicha dimensión imaginaria por la cual la familia se halla siempre presente, en forma desplazada, *fantasmáticamente*, al modo de una metáfora, en nuestras manifestaciones psíquicas cotidianas. Emerge necesariamente, permitiendo en el mejor de los casos elaboraciones conflictivas del pasado, tanto en el sujeto

singular, a nivel intrapsíquico, como aún más claramente en la dimensión intersubjetiva de sus vínculos en toda forma de grupalidad, sea ésta institucional o incluso en sus interacciones sociales. Por ello, como discutiremos luego, también es fácilmente perceptible en las grupalidades que constituyeron (y constituyen) la propia institución psicoanalítica, desde los tiempos de sus primeras fases de institucionalización. Y esa presencia "metafórica" de la familia, puede también convertirse en un factor peligrosamente reductor y deformante para la comprensión de procesos opacos y complejos, como los grupales, institucionales y sociales, cuando es utilizada de modo hipertrofiado como modalidad explicativa única, primordial o unilateral, de abordaje de dichos procesos. Sólo en este caso, a mi entender, el sufijo peyorativo "ismo", de *familiarismo*, con que también suele ser designado este fenómeno, puede tener su justificación.

Entiendo entonces por *metáfora familiar*, la emergencia metafórica del *modelo familiar*, generalmente en un nivel inconsciente aunque fácilmente concientizable, en la dimensión de nuestros vínculos extrafamiliares, grupales, institucionales, sociales. De este modo, cualquier grupalidad humana estable puede ser fácilmente equiparada metafóricamente a una familia (y vivida como tal por el sujeto a modo de una ecuación simbólica inconsciente), con su padre, su madre, sus hermanos, su hábitat (o las entidades simbólicas que representan a estas instancias, por ejemplo la "madre": teoría, doctrina o creencia; la "casa": local o lugar determinado, etcétera), su dinámica, posicionamientos estructurales, vínculos, conflictos, rivalidades, envidias, celos, y luchas por la des-sujetación, la asunción de descos personales y el logro de una identidad propia que cree la ilusión de escapar definitivamente de los modelos y niveles identificatorios parentales y fraternos.

A efectos de no ser malentendido, se imponen varias aclaraciones que iremos haciendo sobre la marcha. Dejemos asentado, en primer lugar, que esa emergencia metafórica del modelo familiar en situaciones diversas, individuales y grupales, al que estoy denominando *metáfora familiar* (y bien lejos estoy de pretender ser original en esta denominación), no sólo no es cuestionable o problemática, sino que

resulta tan necesaria como inevitable para el ser humano, por estar directamente entrelazada, en forma repetitiva, con el fenómeno transferencial que lo constituye.¹³ Por ello, se puede decir que la metáfora familiar, como emergencia de un modelo familiar, revivido y reactualizado por situaciones del presente, aparece permanentemente, siendo por ello una parte ineludible de las dimensiones intrapsíquica e intersubjetiva de nuestra constitución psíquica.

Todo ello ya se halla claramente expresado en la clásica fórmula de que *toda forma de grupalidad tiene a la propia familia como referente ineludible para el sujeto*, primer modelo en el que ha vivido y que lo ha estructurado. Estructurado, a nivel intrapsíquico, en cuanto sujeto del inconsciente, a partir del atrapamiento en los deseos parentales, especialmente maternos. Pero también, en el registro intersubjetivo, familiar y social, en cuanto sujeto del grupo, que precede a la conformación de dicho sujeto del inconsciente, todo lo que ha sido largamente estudiado y desarrollado por R. Kaës en varias décadas de su producción teórica.

Freud ya había apuntado en esa dirección ya que, al analizar la mal llamada “pulsión social”, en su supuesta irreductibilidad originaria, concluía precisamente lo opuesto: “que los comienzos de su formación puedan hallarse en un círculo estrecho, como el de la familia”.¹⁴ Es decir, que todo lo que nos haría “sujetos sociales”, agrupables y socializables, no nacería de una supuesta y discutible pulsión originaria sino que sería el resultado definido de nuestra inserción en la

13 No entraré ahora en toda una discusión teórico-epistemológica de gran envergadura que esta temática parece abrir: ¿la transferencia sería entonces expresión de la *metáfora familiar*? En ese caso, estaríamos ante un concepto a construirse, y no una noción, de carácter muy abarcativo que contendría a *toda* la teoría de la transferencia, a modo de una categoría mayor. En cambio se podría decir, desde otra perspectiva más simplista que la metáfora familiar no sería más que *una* de las modalidades fenoménicas de emergencia del fenómeno transferencial. Pero todo esto amerita de nuevas reflexiones, posteriores a este trabajo introductorio, en aras de mejor aprehender a nivel epistemológico este apasionante problema.

14 S. Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), p. 68.

sociedad por intermedio de la familia, primer grupo humano por el que atravesamos, que nos conforma en el placer y el dolor, en la esperanza y la desesperanza, en lo vital y en lo mortífero, a partir de los imaginarios sociales más generales de su cultura y subcultura, que nos transmite, y más particulares de la familia en cuestión, su historia específica, su psicopatología y su propia inserción social. Todo esto, por vía del contrato narcisista, antes mencionado, establecido entre el sujeto singular y el grupo familiar que le da existencia e identidad y al que él prolongará por medio de la transmisión psíquica. En otro texto esencial, dice Freud: “Los sentimientos sociales nacen todavía hoy en el individuo como una superestructura que se eleva sobre las mociones de rivalidad y celos hacia los hermanos y hermanas. Puesto que la hostilidad no puede satisfacerse, se establece una identificación con quienes fueron inicialmente rivales...”¹⁵

La idea de que cualquier grupalidad humana estable, como antes decíamos, puede ser equiparada metafóricamente a una familia se remonta al origen de los tiempos. Ya el propio Freud lo recordaba en estos términos: “No sin profunda razón se invoca la similitud de la comunidad cristiana con una familia, y los creyentes se llaman hermanos en Cristo, vale decir, hermanos por el amor que Cristo les tiene”.¹⁶ De este modo, si bien esa metáfora fue frecuente en el cristianismo primitivo,¹⁷ y en las sectas religiosas en todos los tiempos, se la puede leer incluso en el campo político y en los imaginarios históricos asociados. De este modo, la idea de comparar un monarca a un padre (faraón, rey o emperador), puede ubicarse aún muy tempranamente en los primeros milenios de todas las civilizaciones conocidas que precedieron a nuestra era cristiana. No es extraño que, por tomar mínimos ejemplos, al Zar de las Rusias se lo denominara

15 S.Freud, *El yo y el ello*, (1923), p. 39.

16 S.Freud, *Psicología de las masas*, *op. cit.*, p. 90.

17 Nos dice un especialista en religiones: “También parece haber surgido de la enseñanza de Jesús la costumbre de los primeros cristianos de llamarse hermanos entre sí (Mateo 23: 8) simbolizando una nueva relación familiar —ésta de corte espiritual— en la que se recibe como padre al mismo Dios, cuando se acepta a Su Hijo Jesús (Juan 1:2)”, C.Vidal, *Enciclopedia de las religiones*, p. 251.

a nivel popular “Padrecito”, con un marcado tono de cariño, admiración y respetuoso temor, o que a Dios se le diga Padre, percibiéndose habitualmente a la Virgen María, a la Virgen de Guadalupe, entre otras, como figura materna protectora, “nuestra Madre”.

Pese a entender entonces la noción antes referida como *un modelo familiar imaginario*, fundamentalmente inconsciente, que se nos impone desde niveles históricos específicos, la nuestra y los imaginarios sociales que también la producen (todo lo que es resignificado en permanentes movimientos deseantes en la dimensión de nuestra temporalidad como sujetos psíquicos), prefiero hablar de *metáfora familiar* jugando un poco con la polisemia de ese término tan complejo y multifacético de “metáfora” que desde Aristóteles, y hasta la lingüística contemporánea, pasando por Jakobson y Lacan, ha hecho correr verdaderos ríos de tinta.

No profundizaré en estas delimitaciones lingüísticas que exceden mi formación y que requerirían de verdaderos especialistas en la materia.¹⁸ Pero bastará con un mínimo recordatorio, útil a estos efectos, antes de entrar a discutir los peligrosos aspectos reductores que, en su faceta “negativa” u obturadora al saber, esta metáfora familiar puede generar.

Esta breve recapitulación lingüística partirá de la teoría clásica de Aristóteles sobre la metáfora, que se constituyó durante siglos en la única forma de pensar esta operación del lenguaje, brindando ya elementos muy pertinentes para el presente tema. Efectivamente una de las formas de abordaje aristotélica supone la idea de una relación de analogía, de semejanza, en ese “transporte” (etimología de la palabra *metáfora*) a una cosa (referente), de un nombre que designa a otra. Cuando, en nuestro caso, trasladamos nuestra historia familiar pasada a una situación actual, *como si se tratara de lo mismo*, como si la nueva situación pudiera explicarse por el referente “transportado”, estamos precisamente realizando esa peligrosa operación de sentido,

18 Nos apoyaremos para ello en distintos textos y autores, especialmente en la magnífica síntesis aportada por J. Y. Pouilloux.

confundiendo las identidades específicas o sugiriendo identidades comunes a ambas situaciones.

Ya en Fontanier (1821) emerge la idea de “tropo” para estas figuras retóricas del lenguaje consolidándose, en forma no diferente del pensamiento aristotélico, que los tropos por semejanza, las metáforas precisamente, consisten en presentar una idea bajo el signo de otra, substituyendo un término por el otro. El único lazo que las uniría, entonces, sería de carácter analógico. A partir de allí serán estudiadas las operaciones de generalización y de particularización dentro de los dos conjuntos sémicos, con un término común, necesarias para constituir este tropo. Las conceptualizaciones de Jakobson permitieron profundizar la idea de que la metáfora no constituye tan sólo un “adorno” retórico al lenguaje, como lo pensaron los clásicos. Contrariamente a ello, dicha metáfora, junto con la metonimia, en sus complejas combinaciones, son las organizadoras de toda expresión, de toda forma de palabra articulada. Por ello se afirma ahora con gran precisión, por parte de muchos especialistas, que la metáfora, lejos de ser concebida como un apartamiento en relación a un sentido primero, debe ser vista como la modalidad misma de todo discurso, su condición de posibilidad.

Lacan, por su parte, introducirá en el lenguaje psicoanalítico estas figuras del lenguaje, equiparándolas con algunos de los mecanismos del proceso primario descritos por Freud (condensación y desplazamiento), tornándolas esenciales para el hecho lingüístico mismo, para el análisis de la función significante, por la que se constituye el mismo sujeto del inconsciente. Lacan hablaba entonces, para caracterizar rápidamente a estos tropos de “una palabra por otra” y de “palabra a palabra”. A partir de esta línea de pensamiento Lacan llegó a afirmar que la búsqueda del significante da al deseo la forma de la metonimia, siendo el significante en el que uno pueda detenerse una ilusión, un engaño, huella de lo que siempre falta y seguirá faltando. Si el deseo es una metonimia, el síntoma –dice Lacan– es una metáfora.

Lo que queremos plantear aquí, jugando un poco con las graves consecuencias de la metáfora familiar en sus formas reductoras, es que, en forma paradójicamente inversa, la metáfora también puede

llegar a convertirse en un síntoma, esta vez en el sentido de un indicador, un analizador. En el caso que nos ocupa, un *síntoma grupal, institucional* o incluso *social*, totalmente reductor para una mejor comprensión de fenómenos complejos, como lo veremos luego, en relación con la propia institucionalización del psicoanálisis.

La metáfora, pues, no es solamente un tropo del lenguaje que desvía una palabra o una expresión de su sentido propio, sino que –siguiendo precisamente a Lacan y su concepto de *metáfora paterna*, prototipo mismo de toda metáfora para él– aparece como una figura esencial según la cual es el inconsciente que se da como pensamiento. Efectivamente, desde nuestro punto de vista, la metáfora familiar permite ver el inconsciente que se da como pensamiento, justamente en la fantasmaticación existente en todo grupo humano. El peligro, por lo tanto, no está en el hecho de la existencia y emergencia de esa fantasmaticación, de hecho ineludible, sino en el riesgo de quedarse atrapado en ese nivel y terminar homologando en forma simplista grupo a familia, institución a familia e incluso, sociedad a familia, en formas de reduccionismos de los que el Psicoanálisis como disciplina, empezando por el propio Freud, no siempre ha sabido salir airoso. Ya hemos tenido ocasión de discutir, en publicaciones anteriores, una terrible afirmación reductora de Freud, esencial en su modalidad de entender los fenómenos sociales, por la que pensaba que la sociedad podía ser investigada a partir del individuo.¹⁹ No muy diferente resulta una idea más contemporánea como la de D. Anzieu: “No hay nada en la psicología social que no se encuentre en la psicología individual”,²⁰ afirmación que no comparto y que necesitaría ser matizada y muy relativizada para poder ser heurísticamente valiosa.

Regresando a lo que antes decíamos, dicha metáfora familiar se puede dar también a nivel del sujeto singular, y no solamente del

19 En una carta a R. Rolland le decía en 1923: “...muestra el camino para, partiendo del análisis del individuo, llegar a una comprensión de la sociedad” (S. Freud, *Epistolario*, t. II, p. 106).

20 D. Anzieu, “Une peau pour les pensées” (1990), citado por G. Mendel, *La sociedad no es una familia*, p. 17.

sujeto concretamente “agrupado” o “institucionalizado”. Efectivamente, y por traer tan sólo un ejemplo de la clínica psicoanalítica individual, por demás ilustrativo, resulta muy común que alguno de nuestros analizandos muestre cierta perturbación por las “huellas” de otros pacientes (“el diván está todavía caliente”, suelen decir, con fuertes connotaciones y fantasmaticaciones eróticas), a quienes pueden encontrar incluso a la entrada o a la salida de sus sesiones.

Se reactiva allí a menudo, con gran intensidad, el “complejo fraterno” del analizando,²¹ la sensación de que el analista no debería atenderlo más que a él, o por lo menos el fantasma de ser él, indudablemente, “el preferido”, el que es atendido por su encanto, su valor personal, porque se lo quiere especialmente, a diferencia de los otros pacientes atendidos tan sólo porque el analista “también tiene que vivir”.

En esos casos la metáfora familiar suele ser traída por el propio paciente, en su literalidad, viendo al analista en situación transferencial como figura parental (paterna o materna, según los movimientos transferenciales), y a los demás pacientes como “hermanos” entrometidos con quienes hay que competir por ese amor paterno/materno. Desde luego, la aparición en la transferencia de este fantasma familiar permite la elaboración de todo lo que ha provocado (y todavía provoca) ese “complejo fraterno” en las vicisitudes histórico-familiares de dicho analizando. Por ello decíamos que esta metáfora familiar, revivida transferencialmente, es base esencial del proceso analítico, su motor mismo.

El ejemplo que precede nos muestra cómo la metáfora familiar puede ser reactivada, por vía de la transferencia, en una situación analítica “individual”. Pero, como también lo hemos adelantado, su emergencia es frecuente en todas las situaciones grupales e institucionales, a menudo en forma inconsciente, generadora de múltiples efectos. Es indudable que el dispositivo grupal psicoanalítico (grupo con una frecuencia y

21 Si en el análisis de adultos aparece muy a menudo este complejo fraterno, evocado por la presencia de otros pacientes de su analista, resulta casi inevitable en psicoanálisis de niños, donde cobra además una intensidad inusitada.

permanencia en el tiempo, participantes movilizados en sus historias familiares inconscientes, edipos, novelas familiares, sexualidades, narcisismos, etcétera, con la presencia asimétrica de una pareja de terapeuta-coterapeuta, fácilmente homologables en un nivel imaginario con la pareja parental, etc.), está al servicio precisamente de permitir la emergencia, de crear condiciones de visibilidad, en el sentido foucaultiano (de "escuchabilidad", tendríamos que decir como analistas), de esa metáfora familiar, de todas las fantasmaticizaciones a ella asociadas, justamente para permitir al sujeto por laboraciones de sus complejos edípico y fraterno y superación de todas las represiones, síntomas, inhibiciones, formaciones reactivas, rigidizaciones, etcétera, por ellos creadas. Que el dispositivo analítico grupal cumpla esa función resulta tan explicable como imprescindible para dicho trabajo analítico, en su propia especificidad.

Desde luego no dudamos, estudiando los fenómenos inconscientes grupales, y siguiendo a autores esenciales sobre el tema como D. Anzieu y R. Kaës, que esta metáfora familiar que emerge tan fácilmente en las representaciones de cualquier grupo humano, y pese a ser básicamente inconsciente, constituye tan sólo "efectos de superficie", como los denominaba el último autor citado, que funcionan como recubrimientos de organizaciones mucho más primitivas y más complejas. Subyacerían en dicha metáfora fantasmas inconscientes primarios que Kaës, profundizando y desarrollando el pensamiento de Anzieu, estudió desde principios de la década del setenta con el nombre de "protogrupo" o "archigrupo".²²

Pero lo que nos importa ahora no es discutir ese nivel fantasmático primario sino las graves deformaciones, reduccionismos, que pueden aparecer cuando se termina analizando a un grupo, una institución,

22 Con ese término designa R. Kaës una organización familiar narcisística caracterizada por una peligrosa indiferenciación: "He formulado la idea de que la representación más arcaica del grupo está compuesta por la conjunción de un fantasma intrauterino y una escena primitiva de los padres combinados", *El aparato psíquico grupal* (1974), p. 190.

la sociedad misma, como si fuera una familia.²³ Y más agravado aún, si cabe, cuando esa metáfora familiar es utilizada intencionada y propositivamente como mecanismo de control o de dominio, sostenedores de estructuras de poder, en situaciones de trabajo grupal o institucional.

Delicada sería la situación, entonces, cuando la emergencia de la metáfora familiar y sus fantasmaticaciones inconscientes se utiliza, en grupos institucionales, en el seno de cualquier institución, como explicación de todo lo que sucede a nivel institucional o social, reduciendo las múltiples dimensiones específicas allí planteadas (históricas, sociológicas, políticas, etc.) a la dimensión del sujeto singular, tan sólo su mundo intrapsíquico, y los movimientos de su intersubjetividad.

Comentaba J. P. Vidal, en un ensayo específico muy convergente con nuestro tema, lo siguiente: “El supuesto consiste en que los individuos trasladan al seno de cada institución las relaciones y las defensas que establecieron originalmente en la familia”, a la que pocas líneas antes había calificado como “la institución original”.²⁴ Al parecer, nos sigue diciendo el autor, resulta totalmente natural para evocar la institución, referirse a la familia, estableciéndose una curiosa correspondencia entre el sistema de parentesco y el sistema de actitudes institucionales. Las “representaciones familiares” logran prevalecer, de un modo notorio, en la organización de las representaciones de los grupos institucionales. No nos cabe duda que esto suele ocurrir en todos los grupos humanos, en todos los individuos agrupados al nivel de simples grupos ocasionales, grupos permanentes, grupos institucionales, etcétera.

23 G. Mendel ha titulado uno de sus libros como *La sociedad no es una familia*, afirmación que compartimos plenamente, a diferencia de buena parte de los derroteros que toma el autor a partir de esa enunciación. Pero no entraremos en este momento a desarrollar nuestras críticas teóricas y epistemológicas al sociopsicoanálisis mendeliano, a nuestro entender atrapado en diversos reduccionismos.

24 J. P. Vidal, “El familiarismo en el enfoque ‘analítico’ de la institución. La institución o la novela familiar de los analistas”, p. 213.

Sin embargo, pienso que debemos ser muy cuidadosos en nuestro trabajo con grupos (como analistas, terapeutas, coordinadores, supervisores, orientadores, incluso docentes), porque todo grupo humano está *siempre* apuntalado, atravesado, por la dimensión institucional, por su lógica propia y sus mecanismos, por la circulación del registro del poder (o de los poderes, en sentido foucaultiano), por los posicionamientos que implica, por las diferentes formas de resistencia que dicha dimensión institucional provoca, etcétera. Suele existir una peligrosa forma de ilusión “grupalista”, incluso en medios muy especializados, en el sentido de diferenciar los “grupos institucionales” de los grupos “artificiales”, creados *ad hoc*, los que sí podrían ser “separados” nítidamente, recortarse, dejando afuera los fenómenos institucionales que en ellos subyace. Pensamos por nuestra parte, contrariamente, que siempre que trabajamos con un grupo, sea cual sea (incluso el grupo familiar), y fuere cual fuere nuestro trabajo y nuestra forma de abordarlo, estamos haciendo en algún nivel una *intervención institucional* (y también, en cierto sentido, social). Muy distinto será nuestro accionar si tomamos en cuenta este factor en vez de negarlo, denegarlo, renegarlo, integrándolo en nuestra estrategia clínica, en nuestra táctica de abordaje y en nuestra conceptualización de nuestros campos de análisis e intervención.

Regresando a los peligros de confundir un grupo, una institución, con una familia, en función de la fantasmática familiar desplegada inevitablemente en esa metáfora familiar, considero que debemos tomar en cuenta una de las hipótesis psicoanalíticas que me parece más fructífera en torno al problema de la filiación y la afiliación. La misma fue planteada por R. Kaës, en el sentido de que *toda afiliación a un grupo remitiría a un conflicto con la filiación, y con la novela de filiación subyacente*. Al adherirnos a un grupo, al buscar afiliarnos –dice el autor– estamos reeditando una filiación familiar imaginaria, pero justamente para cuestionarla, intentando suspenderla o renegarla. Buscando separarnos precisamente de la familia, superarla, desprendernos de ella, constituir al objeto familia como definitivamente perdido. Toda afiliación sería así, complejamente, la abolición imaginaria de la

filiación, pero al mismo tiempo su misma afirmación en la búsqueda de negación. Por ello el autor concluye lo que es esencial, eje medular de mi propuesta en el presente artículo: “*Un grupo o una institución no es una familia* (...) Es importante cuestionar el análisis grupal o el análisis institucional en sus referentes fantasmáticos familiaristas”.²⁵

Los mayores problemas emergen, desde nuestro punto de vista, cuando el investigador/interventor del fenómeno grupal, institucional, comunitario, social, confirma esa fantasmaticización ineludible privilegiando esa lectura interpretativa como *la única posible* desde su lugar muy jerarquizado, anulando así la posibilidad de que se pueda visualizar la compleja complementariedad existente entre diferentes interpretaciones de la realidad, provenientes de lecturas multirreferenciales.²⁶ Y la imprescindible lectura del mismo fenómeno a partir de comprender la escala de análisis, la lógica propia del fenómeno grupal, institucional o social, que el psicoanálisis no puede pretender recubrir totalmente con sus teorizaciones.

Discutiremos sucintamente, en nuestro próximo apartado, algunos de estos problemas, en un ejemplo concreto, en torno a la propia institución psicoanalítica.

25 R. Kaës, “Filiación y afiliación...”, *op. cit.*, el subrayado es de mi responsabilidad.

26 Se pueden leer en muchas de mis publicaciones anteriores variados desarrollos en torno a este tema, en los planos teóricos y epistemológicos, a partir de la noción de complementariedad multirreferencial, que he propuesto, siguiendo a G. Devereux y J. Ardoino.

Metáfora familiar, institución psicoanalítica y proceso de institucionalización del Psicoanálisis²⁷

Las asociaciones, tanto en su principio como en su estructura, conservan ciertas características de la familia. Existe el presidente, el padre, cuyas declaraciones son indiscutibles y cuya autoridad es intangible; los restantes responsables: los hermanos mayores que tratan a los pequeños con altivez y severidad, rodeando al padre de lisonjas, pero dispuestos a derrocarlo para ocupar su lugar. En cuanto a la gran masa de los miembros, parte de ella sigue ciegamente al jefe, y otra parte escucha a uno u otro agitador, al tiempo que considera el éxito de los mayores con aversión y envidia e intenta suplantarlos para recibir los favores del padre.²⁸

S. FERENCZI

Intentar reflexionar sobre la metáfora familiar en la institución psicoanalítica podría llevarnos también muy lejos, ya que son numerosos los registros en que dicha metáfora merece ser analizada. Por ejemplo, la formación psicoanalítica misma, en su propia especificidad, revela la presencia significativa de dicha metáfora. Basta que pensemos en lo que significa la dimensión del trabajo clínico del analista en formación (candidato, como se lo suele llamar en muchas asociaciones), que requiere habitualmente de diversas formas de supervisión y controles institucionales, para ser reconocido como psicoanalista por sus

27 Retomo en este apartado líneas desarrolladas inicialmente en mi Tesis de Doctorado (1994). Fue para mí una gran sorpresa descubrir luego que K. Fallend, importante investigador alemán, había tomado en la misma época una línea muy convergente con la mía, sin conocernos mutuamente ni saber de nuestras respectivas investigaciones, utilizando incluso las mismas citas bibliográficas para nuestras argumentaciones. *Cfr.*, su importante libro *Peculiares, soñadores, sensitivos*. Actas de la Asociación Psicoanalítica de Viena, recientemente traducido al español.

28 S. Ferenczi, "Sobre la historia del movimiento psicoanalítico" (1910/11), p.181.

pares. Allí resulta clara la emergencia de dicha metáfora a partir de la mirada institucional, vivida habitualmente de modo superyoico, en donde dicho candidato suele revivir la infancia y el control parental concomitante, todo lo que puede agravarse cuando el fantasma infantil de ser controlado halla su correlato con la realidad externa, en determinados tipos de instituciones extremadamente rígidas que requieren de una sumisión y dependencia infantil, acrítica, de sus formandos. En ese sentido, toda la supervisión institucional puede quedar curiosamente triangulada, cuadriculada –incluso poligonizada, podríamos decir– en transferencias múltiples sumamente complejas, verdaderas redes transferenciales. Así, la relación de ese analista en formación con su propio paciente, supone inevitablemente la presencia imaginaria, dentro de la misma sesión analítica, del supervisor y del propio analista del candidato (figuras paternas superyoicas, también ideales del yo: “¿qué harían ellos, que sí saben, en esta situación?”, suele ser imaginarizado), de los compañeros de generación de los grupos de formación y supervisión (vividos imaginariamente como hermanos envidiados o envidiosos de nuestros éxitos, pudiendo disfrutar de nuestros fracasos, de nuestras incertidumbres, etc.) pero también, como decíamos, de la mirada institucional, en su sentido más genérico, a menudo funcionando como un ideal del yo materno. Es decir, está en juego la transferencia del paciente al candidato, vivido como una figura parental, las múltiples “filiaciones”²⁹ transferenciales de éste: en primer lugar a su propio analista, a su supervisor, a sus maestros, pero también a sus compañeros de formación, a la institución misma; no resulta extraño que los alumnos y supervisandos sean correlativamente vividos como hijos por los maestros y supervisores, con todas las connotaciones positivas y negativas de ese “ser hijos”. Vemos entonces la ineludible presencia imaginaria de múltiples figuras parentales o fraternas que se movilizan fantasmáticamente a partir de esa metáfora familiar, siempre reactivada desde la situación presente.

²⁹ Concepto que Roudinesco / Plon discuten en su Diccionario, tal como lo hemos adelantado más arriba, en su aplicación a la propia institución psicoanalítica.

Las líneas que anteceden, empero, no constituyen más que un esquemático ejemplo de un tema tan interesante como complejo, que hemos tenido ocasión de exponer hace muchos años, un poco más detalladamente, en una ponencia,³⁰ pero que ameritaría de investigaciones y de nuevas reflexiones más precisas y desarrolladas. No es nuestro objetivo, en este apartado, ya que nos limitaremos a esbozar aquí un aspecto mínimo de la problemática de la metáfora familiar en otras de sus relaciones posibles con la institución psicoanalítica: lo que concierne a su proceso de institucionalización, línea que tan sólo alcanzaremos a presentar.

Nos centraremos para ello en uno de los artículos fundantes de la literatura psicoanalítica vinculado a la dimensión institucional del psicoanálisis: la conferencia que presentó S. Ferenczi en el Congreso de Nuremberg, de 1910, donde culminó precisamente dicho proceso de institucionalización. La misma, de la que ya hemos utilizado un sugerente párrafo a modo de epígrafe, se publicó luego con el nombre de “Sobre la historia del movimiento psicoanalítico”.³¹

Empezaremos, para ello, explicitando en forma rápida qué entendemos por institucionalización del psicoanálisis. Los datos más manifiestos sobre la gestación de la Institución Psicoanalítica, han sido recordados innumerables veces en los textos especializados y conciernen a los acontecimientos que rodearon al segundo congreso internacional que realizaba el movimiento psicoanalítico, el famoso Congreso de Nuremberg, efectuado los días 30 y 31 de marzo de 1910. Fue en esa ocasión que, a instancias del propio Freud, se creó la Asociación

30 B. Orosco y J. Perrés: “Factores institucionales que inciden en la supervisión terapéutica (o ‘de los personajes en busca de autorización’)”.

31 Lamentablemente no se ha conservado la conferencia original de Ferenczi debiendo seguramente haberse modificado de modo considerable para su publicación efectuada un año después. Sabemos sí que su largo título original era totalmente programático: “Comunicación sobre la necesidad de una unión más estrecha entre los seguidores de la doctrina freudiana y proyecto para la constitución de una organización internacional permanente”.

Psicoanalítica Internacional,³² y se marcó con ese hecho un momento especial: la culminación del largo proceso de institucionalización del movimiento psicoanalítico que en ese momento pasó a tener una inscripción simbólica de carácter internacional.

Sin embargo, desde nuestro punto de vista, dicho proceso había comenzado mucho antes, debiendo distinguirse diferentes momentos históricos que lo prepararon y que fueron permitiendo su gestación, a partir de 1902, en que se creó la primera grupalidad psicoanalítica, el multicitado “Grupo de los miércoles” (directo antecesor de la Asociación Psicoanalítica de Viena) y las primeras reglas de funcionamiento del mismo, siendo también esencial la fecha de 1906 en que se decide conservar la “memoria institucional” de las discusiones allí mantenidas, a modo de verdadera marca simbólica.

De ninguna forma se puede pensar, entonces, que la institución psicoanalítica nació de un solo acto instituyente, en forma de un corte radical que separaría un “antes” y un “después”. Se trató más bien de un lento proceso, complejo como todos los procesos institucionales, que conllevan la existencia de distintos momentos o actos constitutivos (instituyentes), como por ejemplo —en el caso que nos ocupa— el nacimiento de la Asociación Psicoanalítica de Viena, en 1908. Acotemos que dicha institucionalización tampoco terminó en 1910, siendo posible detallar innumerables actos fundantes (y, también, disolutivos) posteriores que redundaron directamente en ella, como por ejemplo, sus congresos, sus escisiones, etcétera. Si ponemos un ejemplo, entre cientos posibles, es preciso recordar la fundación por M. Eitingon, de la primera policlínica psicoanalítica (Berlín, 1920) que marcó un hito institucional porque incluyó el primer instituto de formación psicoanalítica, modelo hasta el presente en la IPA.

Por ello, en lo que nos concierne en este momento, no puede resultar sorprendente el hecho que desde los tiempos del “Grupo de los miércoles”, primera grupalidad psicoanalítica de la historia, emergiera

32 Inicialmente conocida como *Internationale Psychoanalytische Vereinigung* (IPV), que muchas décadas después, a partir de 1945 y hasta el presente, pasó a denominarse *International Psychoanalytical Association* (IPA).

muy rápidamente en la cotidianidad de las relaciones entre los primeros psicoanalistas las referencias directas o indirectas a esa metáfora, con Freud como padre, y sus discípulos como hermanos, en competencia por el amor de aquél. Ni que, desde una perspectiva teórica, podamos pensar que muchos de los integrantes de ese grupo, sí no todos, estaban reviviendo transferencialmente su propio complejo fraterno, reactualizado por toda la fantasmaticación inconsciente desplegada en esa coyuntura.

Una interesante cita de uno de los primeros discípulos de Freud, Max Graf, conocido musicólogo de Viena [quien pasó a la historia del psicoanálisis por ser el padre del famoso “caso Hans” (Juanito) de Freud], nos traza un detallado retrato de ese primer grupo de psicoanalistas:

Las reuniones seguían un ritual definido. En primer lugar, uno de los miembros presentaba un ensayo. A continuación se servía café y pasteles; los puros y cigarrillos se encontraban en la mesa y eran consumidos en grandes cantidades. Después de un cuarto de hora de formalidades sociales se daba comienzo a la discusión. La última y decisiva palabra era siempre pronunciada por el propio Freud. En aquel cuarto (la sala de espera del consultorio de Freud, bastante pequeña, por cierto para esas reuniones; agregado JP) se daba una atmósfera parecida a la fundación de una religión. Freud mismo era su nuevo profeta, quien tornaba superficiales todos los métodos anteriores de investigación psicológica. Los discípulos de Freud, todos inspirados y convencidos, eran sus apóstoles (...) He comparado las reuniones en la casa de Freud con la fundación de una religión. Sin embargo, después del primer período de ensoñación y de la incuestionable fe del primer grupo de apóstoles, llegó el momento en que la iglesia fue fundada. Freud empezó a organizar su iglesia con gran energía. Era serio y estricto en las exigencias formuladas a sus discípulos, no permitiendo ninguna desviación frente a la ortodoxia de su enseñanza.³³

33 M. Graf: “Reminiscences of Professor Sigmund Freud” (1942), pp. 470-2, el comentario entre paréntesis y la traducción son de mi responsabilidad.

Veremos ahora la modalidad que adoptó dicha metáfora *familiar* en el primer texto “institucional” del psicoanálisis, desde luego en el sentido de primera publicación, ya que son muchas los documentos de la época y los intercambios epistolares que hacen referencia, en forma directa o indirecta, a dicha metáfora.

Recordemos entonces brevemente el contexto de la conferencia de Ferenczi, (cuyo alegato teórico, como sabemos, se publicó luego parcialmente, no así las propuestas concretas y los primeros estatutos de la nueva Asociación Internacional que había redactado). Sabemos que la idea inicial no partió de Ferenczi, sino del propio Freud, verdadero ideólogo y gestor de la creación de la Asociación Internacional, quien llegó a manifestarlo abiertamente en diferentes publicaciones. Ya en carta del 10 de enero de 1910 le plantea la idea a Ferenczi, indicando haberlo ya comentado con Jung. Ferenczi se convirtió de este modo en fiel portavoz de su maestro, utilizando sus argumentaciones e identificándose plenamente en su lectura de la coyuntura institucional del movimiento psicoanalítico. Discutible y equívoca lectura, por parte de Freud, que provocaría la primer gran crisis del movimiento psicoanalítico, precisamente en su momento de institucionalización. Paradoja interesante para las investigaciones sobre este proceso: fundación y crisis en la institucionalización del psicoanálisis corrieron de la mano desde su primer instante, lo que es bastante frecuente en todo proceso de institucionalización, donde se hallan en pugna los factores instituyentes y aquéllos provenientes de lo instituido.

Podemos apreciar entonces que si debemos pensar en “fuerzas instituyentes” en torno a la institucionalización del psicoanálisis, resulta evidente que el propio Freud estaba liderándolas en forma consciente y decidida. Pero también sabemos, a través de la historia de los procesos de institucionalización, que ni siquiera un líder de peso puede producir fácilmente, por sí sólo, un movimiento instituyente, de no haber un contexto y un consenso que permita y vehiculice dicha institucionalización. Vale decir, hablando todavía en términos muy generales, que las fuerzas instituyentes no podrían desarrollarse, de no concordar su propuesta de institucionalización

I I M A T I C A

con un imaginario grupal y social determinado, encaminado en la misma dirección.

El rico texto de Ferenczi tiene una enorme significación histórica por ser la primera vez que se publicaba un trabajo que implicaba una reflexión sobre las relaciones entre analistas agrupados en un trabajo común y, por tanto, sobre la institución psicoanalítica. Dicha importancia se acrecienta aún más cuando consideramos que contiene niveles de reflexión “psicoanalítica” sobre el fenómeno institucional, anteriores al desarrollo de la conceptualización freudiana al respecto. Dicha teorización, presente en su llamada “línea antropológico-social”, fue inaugurada formalmente por Freud con su clásico tótem y tabú, que desde nuestra interpretación muy personal, constituye un análisis desplazado de los avatares de la propia institución psicoanalítica, concepción que no desarrollaremos aquí.³⁴

Tampoco será posible analizar todas las líneas de reflexión que emergen del texto que nos ocupa, del que sólo mencionaremos su lectura de dicho fenómeno institucional a partir de claras perspectivas “familiaristas”, provenientes de la metáfora familiar y sus fantasmaticaciones. Las mismas nunca han dejado de estar presentes en el abordaje psicoanalítico de lo institucional, provocando efectos discutibles, de contaminación, porque los grupos –y menos aún las instituciones– difícilmente pueden ser homologados en forma lineal y acrítica, en sus dinámicas, estructuras y funciones, con la institución familiar. Pese a que, como vimos, también suelen ser fuente de reactivación imaginaria para sus integrantes, y a veces incluso de perlaboración, de los complejos fraterno y edípico.

Resulta muy interesante destacar la virulencia del lenguaje utilizado por Ferenczi. Los términos de “combate”, “lucha”, “guerra”, “armas”, “arsenal”, etcétera, son repetidos varias veces al igual que la idea de “guerra de guerrillas”. Esta última metáfora fue utilizada para caracterizar lo que denominó la “segunda época del psicoanálisis”. Si

34 Véase mi breve ensayo “Freud y la institución psicoanalítica: ¿una tesis audaz?, donde condenso la argumentación principal que propuse en mi Tesis de Doctorado sobre el tema.

destaco la tonalidad del lenguaje empleado es para abundar en la idea que aquí presento: esa virulencia no sólo se puede explicar por los procesos fantasmáticos vinculados a la reactivación del imaginario familiar “individual” de sus miembros, de sus edipos y complejos fraternos, sino que debe ser leído complementariamente, desde una dimensión estrictamente institucional y social, vinculada a lugares de inserción social, procesos de poder, político y económico, etcétera. Ello no resulta extraño ya que el psicoanálisis, en ese momento histórico, apuntaba ya a dejar de ser de ser una actividad atípica y peculiar, casi una excentricidad, para convertirse en una profesión de la que se esperaba con justa razón retribuciones económicas y reconocimiento social, posibilidad de escalar la pirámide social, saliendo de los lugares marginales en los que sus integrantes se habían manejado hasta entonces.

No se puede decir que Ferenczi haya sido totalmente insensible a los efectos que produciría su discurso y sus propuestas y a los nuevos problemas que surgirían con el nacimiento de la IPA. Una frase de esta misma ponencia resulta tan significativa como profética al respecto:

Conozco bien la patología de las asociaciones y sé perfectamente que a menudo en los grandes grupos políticos, sociales y científicos reinan la megalomanía pueril, la vanidad, el respeto a fórmulas vacías, la obediencia ciega y el interés personal, en lugar de un trabajo concienzudo consagrado al bien común.³⁵

En pocas palabras, Ferenczi está aludiendo a algunos de los grandes vectores que deben ser siempre analizados psicoanalíticamente en toda institución, y con mayor insistencia todavía en la institución psicoanalítica. Me refiero a los narcisismos en juego (tanto individuales como subgrupales y grupales), así como a los efectos de fascinación y sometimiento a los líderes, al igual que a las ambiciones de poder en sus vínculos con los mismos mecanismos del poder institucional, entre otros temas esenciales. Ferenczi hace un interesante análisis de los

35 S. Ferenczi, *op. cit.*, p. 181.

principios y estructura de una asociación en términos de "estructura familiar". Citaremos otros fragmentos alusivos a esa línea:

Nos proporciona una prueba de ello la regularidad con que cualquiera, incluso nosotros, los analistas indisciplinados y desorganizados, unimos en nuestro sueño la figura paterna con la de nuestro jefe espiritual. Yo mismo, durante el sueño, he aniquilado y enterrado a mi padre espiritual, de forma más o menos disimulada (...) que además presentaba siempre algunas características de mi propio padre (...) Parecería que violentaríamos la naturaleza humana si, en nombre de la libertad, quisiéramos a cualquier precio evitar la organización familiar, pues (...) no dejamos de constituir por ello una comunidad familiar con todas sus pasiones: amor y odio hacia el padre, inclinación y envidia entre los hermanos.³⁶

Como podemos apreciar, las instituciones en general, y la institución psicoanalítica en particular, es totalmente homologada a una familia, y esa metáfora familiar atravesará toda la historia del psicoanálisis, de un extremo al otro, reapareciendo permanentemente, en forma manifiesta o latente. Su aparición, como hemos adelantado, es totalmente esperable y no significa en sí mismo un problema. Siempre y cuando el análisis efectuado desde esta perspectiva no anule la posibilidad de realizar otros análisis, más específicos para la escala y la particularidad de las problemáticas institucionales en juego. No es por cierto, la primera vez que dicha metáfora aparecía ya que sabemos que en las conversaciones "de pasillo" y chistes cotidianos en el "Grupo de los miércoles" era de uso corriente. Pero, como vimos, dicha comparación tiene larga historia y constituye un verdadero "imaginario social" que se prolonga a través de los siglos.

Se podría decir que estamos, en cierto sentido, frente a un auténtico mito estructurante. Es así que podemos leer en un importante sociólogo francés, E. Morin, una idea muy convergente: "...también un mito que subjetivamente unifique a la gente en un espíritu de

³⁶ *Ibid.*, p. 182.

comunidad, ya que el vocablo 'patria' pertenece al mismo tiempo al género femenino y masculino; palabra que une en sí la idea de una sustancia materna (madre-patria) con la ley del poder paterno. La madre es la que prodiga el amor, nosotros también le debemos el amor; al momento de amar nos cobija bajo su cuidado, pero es más que nada el Estado como poder 'paterno' el que dispone de fuerza, por lo que nos defiende y protege".³⁷

Desde luego, en el caso de dicho "Grupo de los miércoles", no sólo debemos pensar en los mitos estructurantes generales, vale decir, en las significaciones imaginarias sociales presentes en toda la cultura, que nos hablan de los atravesamientos generales de carácter institucional y socio-históricos. Todo grupo humano permanente, además, genera sus propias significaciones imaginarias, a través de momentos instituyentes. Eso se puede apreciar claramente en los mitos familiares privados, en los secretos familiares, en los "pactos denegativos" (R. Kaës), pero también en las significaciones particulares observables en toda grupalidad humana que tenga una cierta estabilidad. Como bien nos lo recuerda A. M. Fernández,³⁸ se producen verdaderas cristalizaciones de sentido, a través de las que se va dando forma a un instituido muy propio.

En este primer momento del proceso de institucionalización del psicoanálisis que conocemos como el "Grupo de los miércoles" se vivía la sensación casi religiosa de ser los elegidos en torno al Mesías, los portadores de una verdad científica que, pese a todos los rechazos del medio ambiente, terminaría por imponerse. De ahí la comparación que se ha hecho con los primeros cristianos. Analogía que, por otra parte, no es actual ya que la podemos observar en las vivencias y comentarios de los miembros de dicho primer Grupo, tal como pudimos apreciarlo en la cita de Max Graf antes transcrita.

No queremos poner punto final a este ensayo sin mencionar —en una nueva apertura para la investigación posterior— una temática

37 E. Morin: en entrevista que concediera en 1993 a Gérard Dupuy, p. 8.

38 En su excelente artículo: "De lo imaginario social a lo imaginario grupal" (1993).

sumamente relevante, regresando sobre el complejo problema que relaciona la metáfora familiar con la transferencia. Se puede decir que existen dos posturas frente al problema transferencial que, sin ser excluyentes conceptualmente, ponen el acento en lugares distintos, promoviendo así también diferentes modalidades para el trabajo analítico clínico: una postura más clásica y tradicional que consistiría en entender que lo esencial es el pasado reactivado y transferido sobre el presente, debiendo entonces dedicarse el análisis a esa rememoración del pasado para su adecuada reinscripción, para el llenado de lagunas mnémicas, a que aludía Freud habitualmente. Otra comprensión posible pondría el acento no sobre el pasado reactivado, sino sobre ese presente, que sirve de catalizador para generar el fenómeno repetitivo. El más claro representante de la misma es J. B. Pontalis en un magnífico ensayo sobre el tema.³⁹ Desde luego, y en eso no habría una diferencia conceptual esencial, también esta segunda línea comprensiva nos conducirá inexorablemente a la necesidad de generar en el analizando un proceso de historización simbolizante, en toda la dimensión temporal, necesitada de reinscripciones por vías de resignificaciones. Pero, jerarquizaremos más en esta óptica el presente que “dispara” una situación del pasado, que por algo logra “reencarnarse” y no sólo repetirse. De allí las preguntas esenciales que cabe hacerse, siguiendo a Pontalis: ¿la transferencia es algo nuevo o algo viejo? ¿No sería tal vez mejor decir que se trata de algo nuevo, hecho a partir de algo viejo, un nuevo entramado, una nueva tela que utiliza inevitablemente “hilos” provenientes del pasado. Pero como analistas, considero que debemos preocuparnos más por lo que el analizando puede hacer con su nueva “tela” en el presente, con las proyecciones de futuro que se abren, que por la historia genética del “hilo” constructor.

Esta manera de pensar el problema, en torno a la metáfora familiar ubicada en el contexto de la institución psicoanalítica, supone entonces desde nuestro punto de vista una lectura comprensiva muy particular de los fenómenos. Ese “presente” que se abre a un futuro, extrapolado a un nivel institucional, no podrá ser trabajado tan sólo

39 J. B. Pontalis, “Lo extraño de la transferencia”, en *La fuerza de atracción* (1990).

a partir de una lectura más psicoanalítica, ya que si bien esencial como aproximación, no puede excluir otros niveles de análisis, provenientes de la escala institucional y de la escala social en sus especificidades propias, siendo toda institución un producto social y cultural que remite inexorablemente a la conformación social, y al lugar que esa institución, y sus actores sociales, ocupa en dicha conformación entendida estructuralmente como un todo. Y especialmente, por un ineludible mecanismo, que remite a la homeostasis institucional en su propia especificidad: su deseo de permanencia como institución, de reproducirse siempre para no morir. De allí emergerán las luchas que se establecerán internamente en toda institución entre fuerzas instituyentes, que busquen modificarla, y fuerzas instituidas que funcionarán resistencialmente tratando de sostener lo ya existente y de no cambiar. O a lo sumo, en la clásica fórmula gatopardiana, cambiar tan sólo lo imprescindible para evitar toda modificación.

La profundización de la temática enunciada en el presente apartado nos conducirá inevitablemente entonces, a un complejo análisis sobre la institución analítica, desde perspectivas multirreferenciales, concluyéndose que el proceso de institucionalización del psicoanálisis no puede ser leído exclusivamente desde la dimensión más psicoanalítica de la metáfora familiar, pese a aportar dicho análisis, iniciado por Ferenczi, reflexiones psicoanalíticas de gran valor heurístico para nuestra comprensión complementarista, de la institución psicoanalítica, sus avatares históricos, su dinámica y su estructura.

Bibliografía

- Brachfeld, Oliver, "Vocabulario de términos de psicoanálisis" (1956) en S.Nacht, *El Psicoanálisis, hoy, cfr. infra*.
- Chemama, Roland (bajo la dirección de), *Diccionario del Psicoanálisis* (1995), Amorrortu, Bs.As., 1998.
- Encyclopædia Universalis (compilación, varios autores), *Dictionnaire de la Psychanalyse*, Albin Michel, París, 1997.

- Fallend, Karl, *Peculiares, soñadores, sensitivos*. Actas de la Asociación Psicoanalítica de Viena 1919-1923 (1995), Área de Psicoanálisis, Universidad de la República Oriental del Uruguay, Montevideo, 1997.
- Fedida, Pierre, *Diccionario del Psicoanálisis* (1974), Alianza, Madrid, 1979.
- Ferenczi, Sándor, "Sobre la historia del movimiento psicoanalítico" (1910/1), en *Obras completas*, Tomo I:1908-1912, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
- Fernández, Ana María, "De lo imaginario social a lo imaginario grupal" en su compilación con J. C. De Brasi *Tiempo histórico y campo grupal. Masas, grupos e instituciones*, Nueva Visión, Bs.As., 1993.
- Fernández Gaos, Carlos y José Perrés, "Reflexiones psicoanalíticas sobre los 'Grupos de implicación e investigación' de la Sociología Clínica", en *Revista Electrónica Argentina de Internet/Web Acheronta*, núm. 8, julio 1998.
- Freud, Sigmund, "Tótem y tabú" (1912/3), en vol.13, *Obras completas*, Amorrortu, Bs.As., 1976-1985.
- , "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921), *ibid.*, vol. 18.
- , "El yo y el ello" (1923), *ibid.*, vol. 19
- , *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, Amorrortu, Bs.As., 1994.
- , *Epistolario 1891-1939*, 2 tomos (1960), Plaza y Janés, Barcelona, 1970.
- Graf, Max, "Reminiscences of Professor Sigmund Freud", *Psychoanalytical Quarterly*, núm. 11, 1942.
- Kaës, René, *El aparato psíquico grupal* (1976), Granica, Barcelona, 1977.
- , "Filiación y afiliación. Algunos aspectos sobre la reelaboración de la novela familiar en las familias adoptivas, los grupos y las instituciones" (1985), incluido en el presente número de *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*.
- , "Le complexe fraternel. Aspects de sa spécificité", en *Topique* núm. 40, París, 1993.
- , *Le groupe et le sujet du groupe*, Dunod, París, 1993.
- Kaës, René, Haydée Faimberg et al. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (1993), Amorrortu, Bs.As., 1996.

- Kaufmann, Pierre (bajo la dirección de) *L'apport freudien. Éléments pour une encyclopédie de la psychanalyse*, Larousse, París, 1998.
- Lacan, Jacques, "Le complexe, facteur concret de la psychologie familiale", "Les complexes familiaux en pathologie", ambos en *Encyclopédie Française*, Tome VIII, dirigido por H. Wallon, París, 1938.
- Laplanche, Jean, *Vida y muerte en psicoanálisis* (1970), Amorrortu, Bs.As., 1973.
- Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis, *Vocabulaire de la Psychanalyse* (1967) (Diccionario del Psicoanálisis), Labor, Madrid, 1971.
- Mendel, Gérard, *La sociedad no es una familia* (1992), Paidós, Bs.As., 1993.
- Morin, Edgar, "Edgar Morin: vivir en la Tierra-Patria" (entrevistado por G. Dupuy), en *Dominical*, suplemento cultural de *El Nacional*, 12/9/93, pp. 8-11.
- Nacht, Sacha, *El psicoanálisis hoy* (1956), 2 tomos, Luis Miracle, Madrid, 1959.
- Numberg, Hernan y Ernest Federn (Editores), *Minutes of the Vienna Psychoanalytical Society 1906-1918*, 4 tomos, International Universities Press, New York, 1972/5.
- Orosco, Beatriz y José Perrés, "Factores institucionales que inciden en la supervisión privada del trabajo terapéutico (o 'de los personajes en busca de autorización')", ponencia presentada a IV Congreso Nacional de AMPAG (León, Guanajuato, mayo 1991), a nombre del Círculo Psicoanalítico Mexicano, en una mesa redonda interinstitucional.
- Perrés, José, *El nacimiento del Psicoanálisis. Apuntes críticos para una delimitación epistemológica*, Plaza y Valdés / UAM, Xochimilco, México, 1988.
- , *La institución psicoanalítica en el cruce de los saberes del psicoanálisis y del imaginario social: Freud y la institución psicoanalítica*, Tesis Doctoral, UAM, Xochimilco, 1994.
- , *El poder, las relaciones de poder y los mecanismos de poder institucionales*, UAM, Xochimilco, México, 1995.
- , "Institucionalización del psicoanálisis y metáfora familiar: una introducción", ponencia presentada a la Novena Semana de la Investigación Científica, UAM, Xochimilco, mayo 1998.

- _____ "Freud y la institución psicoanalítica: ¿una tesis audaz?, en *Anuario de Investigaciones 1997*. Departamento de Educación y Comunicación, UAM, Xochimilco, México, 1998 (en prensa).
- Pontalis, Jean-Bertrand, *La fuerza de atracción (1990)*, Siglo XXI, México, 1993.
- Pouilloux, Jean-Yves, entrada "Métaphore", en la *Encyclopaedia Universalis*, cf. *supra*.
- Roudinesco, Elisabeth y M. Plon, *Dictionnaire de la Psychanalyse*, Fayard, París, 1997.
- Vidal, César, *Enciclopedia de las religiones*, Planeta, Barcelona, 1997.